

Joseph ARCH, *The life of Joseph Arch by himself, pp. 10-35 (1898)*. Reproducido en Marjorie Bloy, *The Peel Web*, “Joseph Arch's account of village life in the 1830s” <http://www.historyhome.co.uk/>

Joseph Arch (1826-1919), fundador de un importante sindicato de trabajadores del campo (National Agricultural Labourers' Union, 1872), recuerda la situación vivida en su niñez, cuando los efectos de la proletarización y la pérdida de derechos de uso de la tierra ya se habían hecho notar entre los trabajadores agrícolas. En la descripción se denuncian las prácticas especulativas de acaparamiento de trigo y el ambiente asfixiante que se daba en las aldeas, donde la Iglesia anglicana, a través de la figura del párroco y del control de la administración de la caridad, imponía a los feligreses pobres una actitud de deferencia y acatamiento que excluía alternativas religiosas o iniciativas al margen de los poderes establecidos. [Esteban Canales]

Fue un terrible invierno (...) Había suficiente trigo para todo el mundo –esto era lo más duro y cruel– pero quienes lo poseían no quisieron venderlo cuando fue tan dolorosamente necesario. Lo retuvieron y lo mantuvieron guardado y constantemente la gente estuvo pidiendo pan en una situación apurada, pidiéndolo a hombres que endurecieron sus corazones e hicieron oídos sordos a los gritos hambrientos de sus famélicos prójimos. De lo único que se preocuparon los propietarios fue de hacer cuanto más dinero pudieron haciendo subir el trigo a precios de hambre. "Haz dinero a cualquier precio" fue su consigna. Pertenecían a la clase de hombres que siempre intentan beneficiarse de las miserias, las desgracias y la indefensión de sus vecinos más pobres. Engordaron a expensas de sus compañeros. Quienes tenían altos cargos y disponían del poder de legislar eran sobre todo ricos terratenientes y comerciantes de éxito que, en lugar de intentar beneficiar al pueblo, crear un mayor nivel de confort y bienestar y mejorar su condición general, hicieron lo posible y lo imposible por mantenerlo en situación de pobreza y servidumbre, de dependencia y miseria. Quienes poseían la tierra creían, y actuaron de acuerdo con sus creencias cuanto pudieron, que la tierra solamente pertenecía a los ricos y que los pobres no tenían ningún derecho a ella ni nada que exigir a la sociedad. Creían que si el pobre osaba casarse y tener hijos carecía del derecho a pedir el alimento necesario para mantener vivos a él y a su familia. Creían también que cuando un trabajador ya no podía seguir trabajando, perdía su derecho a vivir. Lo único que querían de él era su trabajo; tenía que trabajar y mantenerse callado, año tras año, y si no podía trabajar, ¿para qué servía?. Era para lo que estaba hecho, trabajo y herramienta para sus superiores, sin derecho a quejarse por salarios de hambre. Cuando no se le podía exprimir más no era mejor que un pepino de un huerto ajeno, y el cementerio era su lugar apropiado, donde reposaría bajo la tierra sin necesitar ya comida ni dinero. Una muerte rápida y un entierro barato eran la respuesta de aquellos extorsionadores al pasado trabajo de los pobres.

Mucha gente acostumbraba a ir a la rectoría a por la sopa, pero a nosotros no nos tocó ni una gota. He permanecido en pie en nuestra puerta con mi madre y he visto entristecerse su cara al observar a pequeñuelos pasar, portando recipientes de hojalata, con los dedos sobresaliendo de sus botas. "Hijo mío", me dijo una vez, "nunca, nunca harás esto. ¡Trabajaré hasta desollar las manos antes que tengas que hacer esto!". Cumplió la palabra. Nunca fui a la rectoría a buscar sopa (...) Recuerdo también cuando la esposa del párroco se sentaba en su banco en el presbiterio y las mujeres pobres solían ir a la iglesia y hacerle un saludo de reverencia antes de sentarse en los asientos reservados para ellas. Se les había enseñado a rendir homenaje y respeto a quienes eran "sus superiores", y hecho comprender que debían "honrar a los poderes presentes",

representados en la mujer del rector. Casi con toda seguridad a muchas de estas mujeres no les agradaba la reverencia y otras humillaciones que tenían que soportar, pero temían comentarlo. Tenían familias en las que pensar, hijos que alimentar y vestir. Y cuando tanta gente no podía ganar un salario digno, sino uno apenas de subsistencia, cuando muy a menudo un trabajador estaba sin trabajo durante semanas, por qué las mujeres y las madres, enseñadas a dar las gracias por cualquier limosna que se les entregase en la parroquia o en otro lugar, y a hacer la reverencia esperada, iban a poner mala cara. Un rostro agradecido y una lengua agradecida era lo que sus benefactores les pedían y conseguían (...)

No había capilla en nuestro pueblo, pero cuando tenía unos catorce años algunos disidentes comenzaron a llegar de Wellesbourne. Acostumbraban a tener reuniones en una calle trasera. Cuando el párroco se enteró, él y sus partidarios, los granjeros, desafiaron a los trabajadores a ir a ver a estos cristianos herejes. Si lo hacían, adiós a todas las caridades, no recibirían más sopa y carbón. Y no era una amenaza vana (...)

Cuando [los trabajadores agrícolas] iniciaron un fondo en beneficio de los enfermos ... el párroco, los granjeros y los notables de la parroquia hicieron todo lo posible para echarlo por tierra, para aplastarlo con sus despóticas pezuñas. El párroco rehusó tajantemente predicar un sermón en ayuda de los fondos (...) Al párroco le irritaba sobremanera que un trabajador que hubiese perdido el trabajo por enfermedad tuviese que ser mantenido, incluso temporalmente, por un fondo común no controlado directamente por la rectoría. Peor todavía, la esposa del trabajador no acudiría tan rápidamente a la puerta trasera de la rectoría a mendigar humildemente ayuda. Mucho peor aun, ella y sus hijos podrían abandonar el yugo de la asistencia a la iglesia al no ser ya necesaria la caridad de la rectoría. No, este club de ayuda a los enfermos era el extremo delgado de una cuña perniciosa, y tenía que ser extraído y roto sin demora.

A los trabajadores no nos faltaban señores y patrones. Estaban el párroco y su mujer en la rectoría. Había el señor terrateniente [*squire*] con su mano de hierro vigilándonos. Como muchos pobres tuvieron la desgracia de comprobar, no había guante de terciopelo sobre esta mano dura. Echó a mi padre porque no quiso firmar [probablemente a favor del mantenimiento de las *Corn Laws*] a cambio de una pequeña barra de pan y de una muestra de simpatía; y si no llega a ser por mi madre esta mano le habría aplastado, quizás habría aplastado la vida a su alrededor. El pueblo temblaba a la vista del señor. Éste gobernaba de manera feudal sobre sus arrendatarios, los granjeros, que a su vez tiranizaban a los trabajadores, quienes no estaban mejor que sapos bajo un rastro. La mayoría de los granjeros oprimían a los pobres. Les colocaban bajo los tornillos de hierro de los salarios y atornillaban los salarios de los trabajadores por debajo de la subsistencia, empujándoles de por vida hacia la abyecta pobreza.